25 de diciembre, NAVIDAD

¡Si pudiéramos imaginar realmente cómo era la situación de la humanidad antes de la venida de Cristo! ¡Si pudiéramos penetrar realmente lo que sentía la gente que esperaba al Mesías prometido! Es tan fácil ahora que ya Cristo vino tomar su venida como un derecho adquirido y hasta darnos el lujo de rechazar o de no importarnos lo que Dios ha hecho para con nosotros: todo un Dios se rebaja desde su condición divina para hacerse uno como nosotros. ¿Nos damos cuenta realmente de este misterio que, además de misterio, es el regalo más grande que se nos haya podido dar?

¿Cómo podemos acostumbrarnos a esta idea tan excepcional? ¿Cómo podemos no conmovernos cada Navidad ante este misterio insólito? ¿Cómo podemos no agradecer a Dios cada 25 de diciembre por este grandísimo regalo que nos ha dado?

Los Profetas del Antiguo Testamento, nos hablan de que la humanidad se encontraba perdida y en la oscuridad, subyugada y oprimida, hasta que vino al mundo "un Niño". Fue así como "el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz... se rompió el yugo, la barra que oprimía sus hombros y el cetro de su tirano".

Ante esta situación de opresión y de oscuridad, podemos imaginar la alegría inmensa ante el anuncio del Ángel a los Pastores cercanos a la cueva de Belén: "Les traigo una buena noticia, que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías, el Señor".

Si este "Niño" no hubiera nacido estaríamos aún bajo "el cetro del tirano", el "príncipe de este mundo". Pero con la venida de Cristo, con el nacimiento de ese Niño hace dos mil años, se ha pagado nuestro rescate y estamos libres del secuestro del Demonio…

Con su nacimiento, vida, pasión, muerte y resurrección, Cristo vino a establecer su reinado, *"a establecerlo y consolidarlo"*, desde el momento de su nacimiento *"y para siempre".* Y su Reino no tendrá fin.

Y ese Dios que se rebaja hasta nuestra condición humana, levanta nuestra condición humana hasta su dignidad. En efecto, nos dice San Juan al comienzo de su Evangelio (Jn. 1, 1-18), que Dios concedió "a todos los que le reciben, a todos los que creen en su Nombre, llegar a ser hijos de Dios".

Esto que se repite muy fácilmente, pues, de tanto oírlo, sin poner la atención que merece, se nos ha convertido en un "derecho adquirido", es un inmenso privilegio. ¡Hijos de Dios! ¡Lo mismo que Jesucristo! El se hace Hombre y nos da la categoría de hijos de Dios; nos lleva de nuestro nivel de indignidad a su nivel de dignidad; de lo humano a lo divino… Ahora, "podemos compartir la vida divina de Aquél que ha querido compartir nuestra vida humana" (Oración Colecta de hoy).

Es así como "el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran Luz". Y esa Luz que es Cristo nos hace, además de hijos de Dios, herederos del Reino de los Cielos y confiere a nuestra humanidad derechos de eternidad.

"Resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva; pues al revestirse el Hijo de nuestra frágil condición, no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos".

¡Oh MARAVILLOSO INTERCAMBIO!

Él, niño de pecho, para que tú puedas ser un hombre perfecto; Él, envuelto en pañales, para que tú quedes libre del lazo de la muerte;

Él, en el pesebre, para que tú puedas estar cerca del altar; en la tierra para que tú puedas vivir sobre las estrellas; Él, en el pesebre, para que tú puedas estar cerca del altar; en la tierra para que tú puedas vivir sobre las estrellas.

Él, un esclavo, para que nosotros seamos hijos de Dios. ¡Qué increíble valor debe tener nuestra vida
para que Dios venga a vivirla de tal manera! Pero ¡qué increíble amor para quererlo hacer!

Hoy, cerca de la cueva de Belén, no es día de decir: "Dios mío, te quiero".

Es el día de asombrarse diciendo: "¡Dios mío, cómo me quieres Tú!" (San Ambrosio)

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)